

Año IV. Barcelona 12 de Septiembre de 1890. Num. 170



Periódico literario, ilustrado

Administración: Vertrallans, 3. 1.º

Horas de despacho: de 2 a 4 tarde

Precios de suscripción

Barcelona. . . . 1'50 ptas. trimestre

Provincias. . . . 5 ¢ semestre

Números atrasados: 1 real.

LIT. MIRALLES, URDIN 17.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA

NUESTRAS ACTRICES, POR ESCALER



CECILIA DELGADO



El calendario político sigue anunciando grandes pedriscos en las provincias vascongadas.

Al Sr. Sagasta le arrojaron una, al Sr. Cánovas le han arrojado más de dos y, siguiendo así, es probable que el tercer jefe de partido que pase por la línea del Norte tenga el mismo trágico fin que San Esteban protomartir.

Verdad es que en el pecado llevan la penitencia esas provincias inhospitalarias.

Porque con dos ó tres sucesos como los que ahora lamentamos, no vá á quedar en semejante país piedra sobre piedra.

El vulgo es así. No comprende el cúmulo de sacrificios que hace un hombre al vivir vida pública y lo mismo emprende al político caído que al encaramado en el poder.

Es lo que le decía á D. Juan Nicasio Gallego, amigo de faldas como el que más, una aristocrática y empingorotada dama:

—Pero ¡por Dios! D. Juan Nicasio: usted mide á todas por un mismo rasero.

A lo cual contestaba el ingeniosísimo sacerdote:

—Y ¿qué he de hacer marquesa? ¡Si no tengo otro!

Tampoco el pueblo tiene, por lo visto, más rasero para medir á los hombres públicos que media docena de peladillas de arroyo.

El arma, aunque sencilla, es la más á propósito.

Recuerden al efecto los gigantes de nuestra política que, de Goliath para acá, una piedra bien dirigida derriba fácilmente á un gigante.

Entre dos caballeros que comentaban la pedrea de Vitoria se cruzó el diálogo siguiente.

—¿Venía Fabié con D. Antonio?

—Creo que no.

—Pues es una lástima.

—¡Pobre señor! Reflexione V. que podían haberle dado en un ojo.

—¡Tanto mejor! ¿No ve V. que Fabié es farmacéutico?

—¿Y qué?

—Que eso hubiera sido para el Gobierno una pedrada en ojo de boticario.

—No vamos á ganar para descalabraduras—suspiraba un conservador desconsolado.

Y respondía otro, más optimista:

—Estos percances contribuyen á fortalecer un partido. Sobre las piedras de Vitoria se alzará más robusta que nunca la iglesia canovista.

Que es la frase evangélica un poco modificada:

«Super hanc petram oedificabo Ecclesia conservandoribus.»

Los vitorianos se echan la culpa unos á otros

porque nadie quiere cargar con la responsabilidad de tan inicua agresión.

Hay quien atribuye el suceso á una venganza poética.

—Me consta—decía un caballero—que han sido las musas quienes han tomado ese desquite contra Cánovas.

—¿De veras han sido las musas?

—Si señor; ellas, que le han devuelto los cantos á Elisa.

De hoy en adelante; ¡cualquiera viaja en el tren con los hombres públicos!

Los aficionados á estadísticas, podrán comprobar que los martes son los días de la semana en que hay menos movimiento de viajeros y que los días 13 son los menos aprovechables del mes y que los días en que viajan políticos pueden compararse á un Martes 13.

Apenas había salido de San Sebastian uno de los últimos correos, cuando un viajero le dijo azoradamente á su esposa:

—Mira, hija mía, coge las maletas, que nos vamos á quedar en Hernani.

—Pero ¿estás loco? ¿No ves que mamá nos espera mañana en Barcelona?

—Que espere; no podemos continuar el viaje. He visto en el departamento de al lado una cara que nos ha de dar que sentir.

—¿Algún secuestrador?

—No, hija: un jefe de grupo parlamentario.

El matrimonio bajó y no pudo hacerlo más oportunamente, porque dos estaciones mas allá tuvo lugar la consabida pedrea y al llegar el tren á Pamplona le preguntaron al maquinista:

—¿Cómo ha tardado Vd. tanto? ¿Trac Vd. muchos viajeros?

—No señor, pero traigo piedra machacada para los terraplenes.

La prensa madrileña da cuenta estos días del feliz arribo de esta ó de la otra lumbrera que regresan al amor de la lumbre.

—Dicen que D. Fulano tuvo una ovación al llegar á Bilbao.

—¡Va lo creo! Le arrojaron varias palomas.

—¡Qué varias! Un palomar entero.

—Eso cuentan; un palomar entero... con tejas y todo.

Un respetable senador le decía al ayuda de cámara, bajando del wagón en la estación del Norte:

—Tú tendrás cuidado de ese maletín, que allí van el dinero y las piedras.

—¿Las piedras preciosas?

—Como si lo fueran—replicó el hombre hecho una turia—porque ¡á buen precio les van á salir á esos tunantes!

Es probable que en la próxima temporada veraniega admiremos una novedad en el material de los ferrocarriles españoles.

Consiste en un sistema especial de wagones mucho más fuertes que los wagones-correos y más inexpugnables que los wagones celulares para el transporte de penados.

En los nuevos coches blindados, que llevarán aspilleras defensivas y cristales de un palmo de grueso

so, irán tranquilos y seguros nuestros hombres públicos.

—Lo que á mi me extraña—decía un caballero—es como no se anuncian viajes de propaganda política á Baleares. Partidos hay que empiezan á «hacer el género... electoral» por toda España ¿cómo no se acuerdan de las islas adyacentes? ¡temerán, acaso, al mareo?

—¡Cál no señor—le respondieron—es que los mallorquines tienen hace siglos la fama de ser los primeros en el manejo de la honda.

—Mire V. lo que dice este periódico—le advertían á un labrador.

—A ver: lea V.

—«Con objeto de emprender la campaña electoral, anúnciase la llegada á esta comarca de una nube de políticos».

—¡Bonita nos van á dejar la cosecha!

—¿Por qué?

—Porque esa clase de nubes trae piedra este año.

Si fuéramos á juzgar de lo que se come en la mayor parte de nuestras capitales de provincia por lo que en ellas produce la renta de consumos, vendría á resultar que sus habitantes son parcos y sobrios hasta el ayuno y que no se caen muertos de inanición por un puro milagro del cielo.

El matute campa á sus anchas en Madrid, Barcelona, Málaga y otras capitales en cuyas casetas de

consumos—como en las casetas de baños—han resuelto muchos el problema de nadar y guardar la ropa.

Su Magestad el Matutero sabe más geometría que el que la inventó.

Su línea de conducta corta siempre á la línea fiscal.

Y para evitar esta clase de abusos es para lo que van á crearse juzgados especiales que entiendan en los delitos de contrabando y matute.

Quizá este sistema dé mejor resultado que el de armar militarmente á los empleados de la ronda.

Con estas carabinas—decía no hace mucho un vigilante—¡que nos entren moscas!

—Hombre, moscas no entrarán—le respondieron—pero jamones de á dos quintales ¡eso como agua!

Sin embargo, ya se dice que la medida en proyecto es innecesaria, porque el matute ya ha venido á menos.

De mí sé decir que la otra tarde me topé con un matutero en la Rambla.

—Hola ¿se trabaja mucho?

—Ca ¡no señor! El oficio está perdido.

—Y ¿qué haces ahora?

—Nada ¡pasar el tiempo!

—Vaya hombre; pues era lo único que te quedaba por pasar.

LUIS ROYO VILLANOVA.

ES LO QUE PASA...

Un crítico de renombre, de talento singular, muy severo y cuyo nombre no es necesario citar, emprendió en una ocasión una valiente campaña contra la relajación de las letras en España.

Usando con rigorismo de la sátira más dura, censuró el mercantilismo campante en literatura, mandando á echar medias suelas, de compasión sin asomo, á los que escriben novelas á cuatro reales el tomo, y diciendo que los tales nunca fueron escritores, tratándolos de animales y de otras cosas peores, dictados entre los que advertí, por lo frecuente de su aplicación, los de sinvergüenza é indecente.

El hombre se deshacía en insultos y denuestos contra todo el que solía comprar los libracos estos.

«Para esas obras leer—añadía el buen señor—

es necesario perder completamente el pudor. Contra esas obras el grito debe alzarse sin piedad...

¡Constituyen un delito de lesa moralidad!» Y continuaba despues con este vocabulario que á los críticos les es, por lo visto, necesario: Bestia, zángano, babilón, pazguato y entrometido, libidinoso, melón, archipámpano y bandido. (Todo esto para probar de una manera concreta que no se debe comprar las novelas de á peseta.)

Cuando de atizar se hartaba el crítico, á los lectores las obras recomendaba de los buenos escritores. «Leed—decía—esas cosas, que ellas son una delicia, y huid de obras perniciosas que rebosan impudicia; desdenad á ese montón de autores envilecidos, que ofuscan el corazón y despiertan los sentidos;

no compréis, como compráis, esas novelas impuras, ni abuséis, como abusáis, de esa clase de lecturas.

A todo autor que así escriba zúrresele la badana...

Proteged al que cultiva la literatura sana.

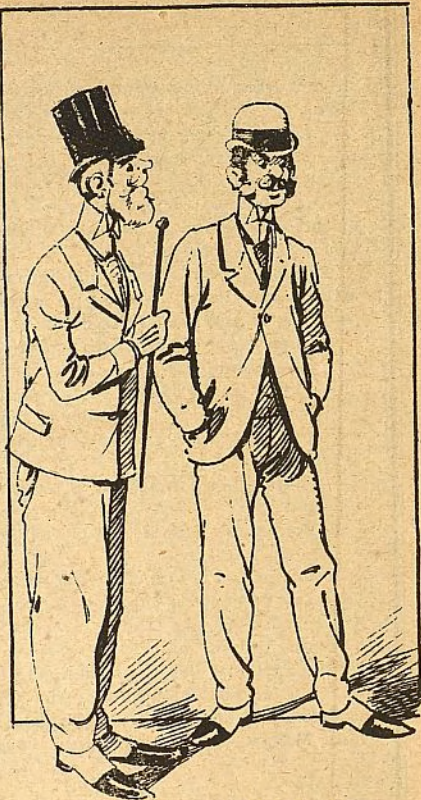
Porque, ¿no merece un palo ese afán por el veneno, que se despache lo malo y no se venda lo bueno?

Con las obras que cité el mejor gusto se pierde... ¿No es una vergüenza que se consuma tanto *verde*?...» Y así el crítico siguiendo iba, con suma pericia, su tarea, combatiendo la afición á la inmundicia...

A raíz de la ocasión en que emprendió la campaña contra la relajación de las letras en España, visité con un amigo, para hablar de ciertas cosas, á aquel constante enemigo de las obras asquerosas. Cuando entré en su habitación,



—¿De donde bueno, García?
 —De LA VILLA DE L YÓN.
 —¡Hombre! ¿de la población?
 —¡Quíal! ¿de la quincallería!



—Allí vienen las de Alier,
 que ahora acaban de llegar.
 —¿Y de donde? —De la mer
 —¿Como lamer? —¡De la mar!



—¿Y qué te dijo el guarda?
 —Que por ese camino á donde yo iba á parar era á Ceuta.
 —¿Y tu qué le dijiste?
 Que no: que ya sabía yo que por aquel camino á donde iba á parar era á la Bonanova.



—Diga Vd: ¿la Travesera?...
 —Tome usted esta misma acera.
 —Y despues al acabar,
 ¿por donde debo tomar?
 —Hombre... por donde Vd. quiera.

LO QUE VA DE AYER A HOY, POR PONS



El aristócrata de ayer.

El aristócrata de hoy.

ví que de libros tenía
una hermosa colección
en lujosa estantería.
Yo procuré aprovechar
una ocasión oportuna
para ponerme á mirar
las obras una por una;

salió el crítico, con mi
compañero me quedé,
todos los lomos leí
y, la verdad, me pasmé...
La lujosa librería
de aquel crítico sin par,
solamente contenía,

por lo que pude observar
con auxilio de los lentes
leyendo lomo por lomo,
¡novelitas indecentes
de á cuatro reales el tomo!...

FERNANDO SEGURA.

SONETOS

ESCLAVITUD VOLUNTARIA

Si á mis ojos es pura y es perfecta
y todo lo que toca diviniza,
¿por qué á su incierto rumbo me esclaviza
y me separa de mi línea recta?

La hermosa de mis sueños predilecta
donde pongo yo amor siembra ceniza,
y tanto más mis sueños tiraniza
cuanto más sombra alrededor proyecta...

Los hombres por ser libres batallamos,
mas si vosotras nos brindais placeres,
á eterna esclavitud nos condenamos;

y siervos ¡ay! de vuestras pompas vanas,
si os tenemos que amar por ser mujeres
¡aún os queremos más por ser tiranas!

SOLILOQUIO

A veces me pregunto: —¿Por qué vivo?

¿Dios es el bien ó idealidad soñada?

La materia ¿es creada ó increada?

¿El cuerpo es un señor ó es un cautivo?

Si del tiempo que fué poco recibo

y de lo porvenir ya no sé nada

¿por qué marchó hacia el fin de mi jornada,

siempre ignorante y siempre pensativo?

Si el firmamento azul, que nos asombra,

es solamente una ilusión mentida,

¿por qué á Dios en lo azul se busca y nombra?

¿Qué fuerza superior, nunca entendida,

porque amamos la luz, nos dá la sombra

y dá la muerte por amar la vida?

RICARDO J. CATARINEU.

EL OTRO

La verdad es que había tenido suerte; él oía que-
jarse al gato de la portera de que estaba rabiando
de hambre y de que le encerraban en la cueva, don-
de corría un gris tremendo, para que atrapara rato-
nes; y al considerar que no le faltaba todas las ma-
ñanas su buena ración de cordilla, sus sopas de cho-
colate, cuando lo tomaba el ama, su cómodo almo-
hadón para dormir y hasta su collar encarnado con
un cascabel, que tanto le embellecía, relamiase de
gusto el minino y daba las gracias á su gatuno dios
de que le hubiera concedido tanta felicidad.

Alguna vez le acontecía pensar en su dicha y en
esos momentos negros en que la bilis anda suelta,
ocurríasele una idea espantosa: la de que á su ama
se le antojara traer á casa otro gato ó algún perro.
Los pájaros no le importaban; ellos no se metían con
nadie; pasábanse la vida en sus jaulas cantando y se
acabó... ¡Pero otro gato!... ¡Un perro!... ¡Un bicho
de cuatro patas como él, que se llevara acaso la pre-
ferencia, las caricias y las sopas de chocolate!...
¡Eso nunca!... ¡Antes emigraría para siempre de su
morada!... Pero... Después de todo, ¿á qué condu-
cían semejantes cavilaciones si nada hacía presumir
un rival?... Precisamente no podía estar el ama más
carinhosa... ¡Vaya, vaya!... Era un pusilánime digno
de que le cortaran el rabo y las orejas...

Pero una mañana... ¡Dios Santo! ¡Lo que siem-
pre había temido! ¡Otro gato!... ¡Pero de dónde sa-

lía tal compañero?... ¡Y así, tan bruscamente!... Pa-
recía imposible que no se hubiera enterado de su
llegada... Sin duda había venido dentro de aquel
armario que trageron la vispera... ¡Anda!... ¿Y có-
mo se le parecía!... Era augrado también y con el
pelo negro, para que la semejanza fuera más com-
pleta; ¡nada, que parecían hermanos!...

Y el Minino, á la vez que meditaba aterrado en el
lance, contemplaba su propia imagen en la luna del
mueble, sin atreverse á dar un paso y detenido por
aquel inesperado compinche que le salía á los al-
cances cuando ya iba él á colarse en el armario
casi abierto de par en par; el animal no pecaba de
cobarde y la idea de que tal intruso se proponía
usurparle sus derechos producía una ira tremenda;
pero su rival era tan robusto y tan grande como él
y valía la pena de obrar con cautela antes de arries-
garse en la lucha. Quieto, inmóvil, alerta, se estuvo
un buen rato aguardando á ver lo que su camarada
haría, mas como su camarada era él, su camarada
permaneció igualmente vigilante y parado.

Al fin se cansó el gato; la ira le ahogaba; estaba
visto que su compañero venía en son de fueros de-
cidido á mandar, á ser único, á dominarle á él, que
llevaba en la casa tanto tiempo... Se relamió, pues,
el bigote con aire de perdonavidas y sin quitar ojo
al espejo donde él mismo se veía, adelantó con ex-
quisita prudencia una mano; el otro le imitó y avan-
zó á su vez... ¡Hola!... ¡Se volvía contra su futuro
camarada, en lugar de venir cortesmente á saluda-
le!... ¡Había descubierto su mala intención!... ¡Muy

bien!... ¡El se pirra por pelearse con matones!... Y anduvo un paso más hacia la luna... El otro adelantó también á su encuentro... ¡Cordill!... Eso no tenía aguante; eso era reirse en sus barbas; y el gato abrió los beifos y se puso á bufar con furia, además á que el insolente rival respondió erizando sus bigotes con igual coraje.

Entonces perdió el gato la paciencia, se encrespó todo, arqueó el rabo hasta doblarlo casi en un ángulo de escarpia, chispearonle las pupilas, enseñó sus hileras de dientes, terminados en puntas de aguja, al soltar un bufido espantoso, y ciego ya, al advertir que su enemigo se preparaba á saltar sobre él, se abalanzó de un brinco sobre la propia imagen suya que se pintaba en la luna del armario; la hoja que estaba abierta cedió al embite, cerrándose con violencia y dando un portazo tremendo; el gato cayó rodando al huirle la luna; se levantó ensanguinado aturrido y aterrorizado por el estrépito, bo-

rrósele el recuerdo de su rival ante la silueta de la escoba y de la criada que creyó ver aparecer en su pavor y sin atreverse á mirar si se había roto el espejo, poniendo las orejas de punta, escapó á esconderse, mayando con pavor, sin notar en su pánico horrible que nadie le corría:

— ¡Ha sido el otro!... ¡Ha sido el otro!...

¡Quien sabe el tiempo que permaneció acurrucado debajo de aquella butaca!... Al cabo, no observando nada alarmante á su alrededor y comido por la curiosidad, atrevióse á salir lentamente; con un miedo horrible pasó junto al armario echándole al pasar una mirada y distinguiendo á su rival que llevaba la misma dirección que él; pero entonces el gato siguió su camino sin hacerle caso y se contentó con decir para su bigote:

— ¡Anda, que ya te cojeré yo un día solo en la escalera!...

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

ELECCION DE CARRERA

Me pregunta usted, Gaspar, qué carrera debe dar á su sobrino José, y, francamente, no sé lo que le he de contestar.

Quiere usted que el chico adquiera una posición decente [quiera con un título cualquiera, mas yo no sé, francamente, cual es la mejor carrera.

Hoy están todas tan mal que no es fácil elegir, y para colmo final, nos cuestan un dineral y no dan para vivir.

La de abogado antes era una bonita carrera de muchísimo provecho, ¡pero, hombre, si hoy ya cual- [quiera es Licenciado en Derecho!

¡La de medicina? ¡Horror! No creo que le convenga. ¡Si es la carrera peor! Ya no hay casa que no tenga

en cada piso un Doctor.

Y así pasa lo que pasa. Que sin ganancia maldita y con gratitud escasa, cada cual sólo visita los enfermos de su casa.

—
¡La de boticario?... ¡Cero! ¿A qué gastarse el dinero en chismes profesionales, si gana más un tendero de géneros coloniales?

—
¡La milicia? ¡Vano afán! Los militares están mal de cuartos, ¡pobrecillos! ¡No ganan para pitillos con los sueldos que les dan!

—
¡Hacerse cura? ¡Locura! No lo pretenda en su vida; porque á mi se me figura que la carrera de cura, anda de capa caída.

La carrera es ejemplar, pero sólo fuera aquí

un negocio regular, si se pudiera empezar por Obispo... ó cosa así.

—
¡Ingeniero? ¡Voto á tal! ¡Un trabajo colosal! ¡Sufrir examen cien veces! ¡Mucho calculo integral! ¡Mucho ruido... y pocas nueces!

—
Me expreso de esta manera por si su sobrino espera mi franca contestación. Déjele usted sin carrera y dele usted un millón.

¡Estudios? ¡Qué tontería! Tanto han bajado en el día los títulos sin dinero, ¡que conozco á un zapatero doctor en Filosofía!

Si el chico sale negado no hará carrera aunque quiera; pero si es listo y osado, sáquele usted diputado y ya el chico hará carrera.

VITAL AZA.

DOS CARTAS

CARTA DE CALIXTO Á CLARA.

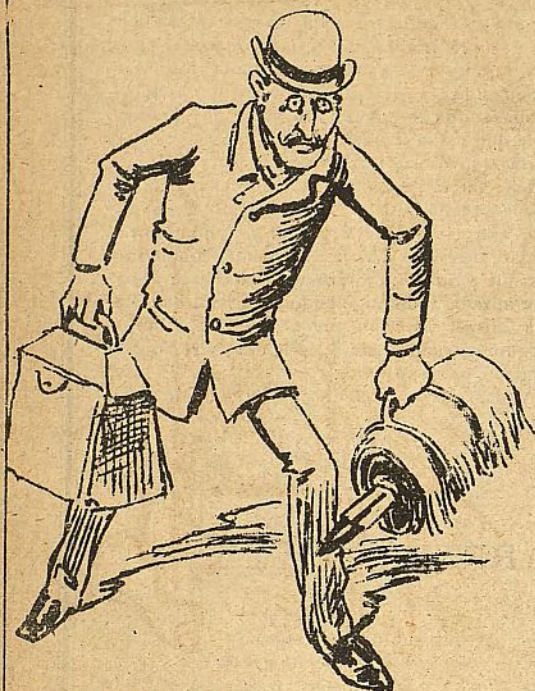
Clara, pensando en tu cara me paso la noche en vilo; Clara, yo no estoy tranquilo cuando no te veo, Clara.

Bien sé que mi posición no es de las más principales; sólo tengo seis mil reales anuales de dotación.

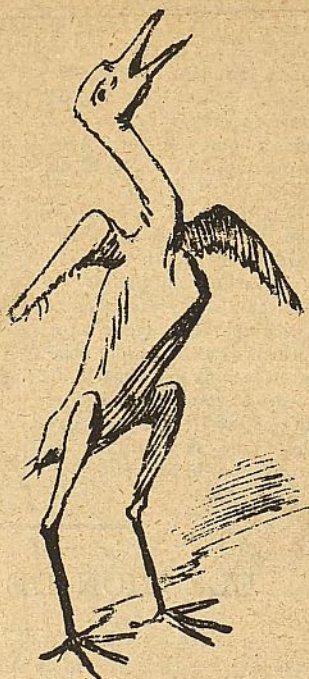
En cambio el Omnipotente, por causas que no me explico,

me dió deseos de rico y abstinencia de escribiente.

Sé que tengo poca ropa para aspirar á tu amor; pero ¡qué he de hacer, Señor, si te veo hasta en la sopa!



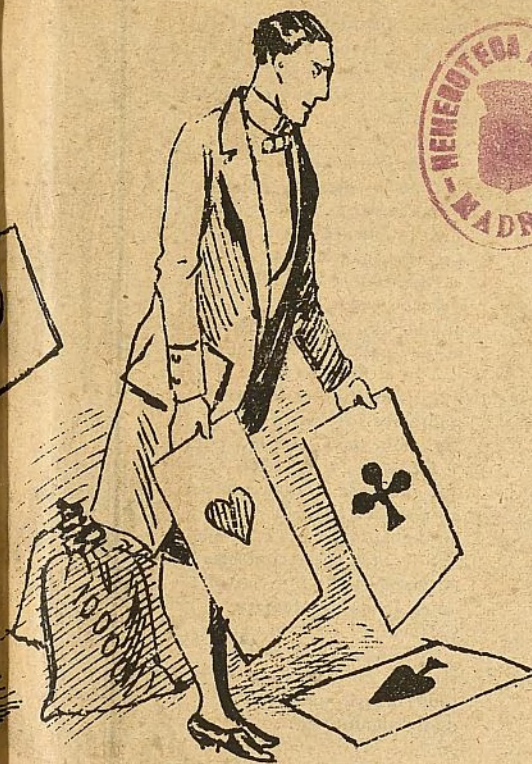
No remití dibujos á tiempo, por haber marchado á San Sebastián,



de donde he vuelto como *ut supra* expreso.



Allí ví á los felibres, que, en millo de todo, parecen buenas gentes,



visité el gran Casino;



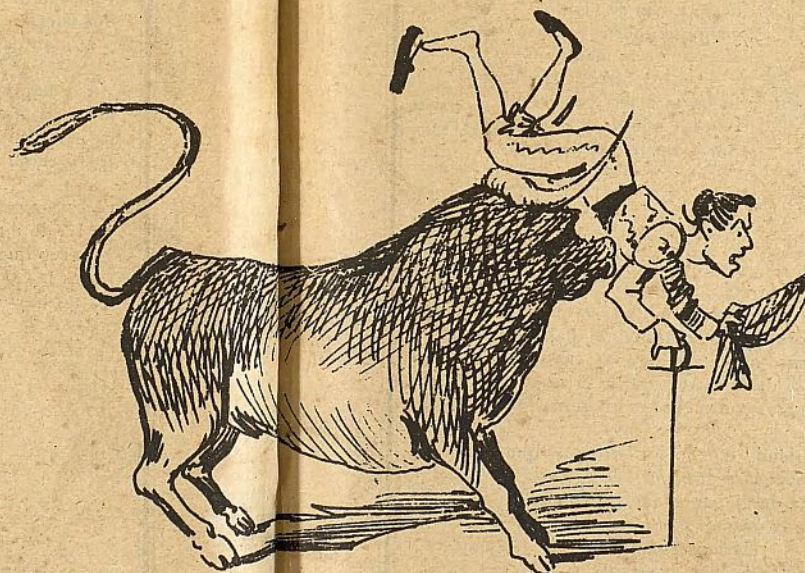
y, entre otras cosas, ví niñas muy decentes jugar á los caballitos al lado de algún que otro pulpo madrileño.



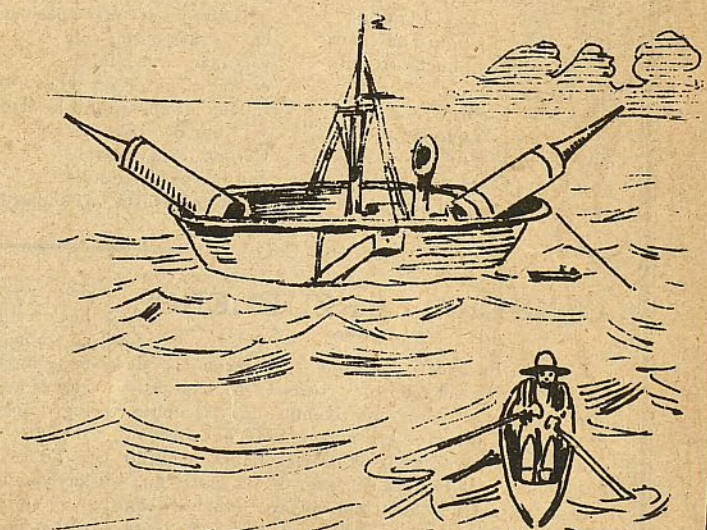
Los aristócratas sietemesinos, cada vez más insoportables.



Los hombres se bañan con una ligereza de ropa que escandaliza á los peces.



Vi la *predilecta* del *Espartero*



y el barco de guerra «Reina Regente», que no me pareció tan malo como dicen.

Suyo afmo.

M. J. J. J.

Por tí pierdo el apetito,
y es mi pasión tan ardiente,
que me he puesto transparente
como el violín de Frasquito.

Imágen de mi deseo
es siempre, Clara, tu cara,
y de pensar tanto en Clara
¡ay, Clara, ya me clareo!

Lo que más pena me dá
de mi destino tirano,
es el rencor africano
que me tiene tu mamá.

Ayer, ante mucha gente,
cuando salía de misa,
le dirigí una sonrisa,
y me contestó: ¡indecente!

Aturdido en trance tal,
vuelvo á sonreír sin gana;
y ella, *enmendando la plana*,
vuelve á llamarme: ¡animal!

Paciente como el cordero,
que el cuello pone al cuchillo,
ante su rigor me humillo,
y me llama: ¡majadero!

En este instante observé
en el suelo su abanico,
se lo cojo y... no me explico
por qué me dió un puntapié.

Tu mamá, dicho se está,
cualquier día me devora:
¿que le hice yo á esa señora?
¡Caramba con tu mamá!

Porque el lance, como ves,
fué para mí muy penoso,
porque siempre es afrentoso
un puntapié en el envés.

No me rompió una costilla,
pero, Clara, francamente,
un puntapié ante la gente,
y en ciertas partes, humilla;
que, aunque pobre de caudal,
soy buen chico, buen cristiano,
apóstolico romano,
trabajador y moral.

Y es natural que me queje
de estos atropellos graves,
porque tú, Clara, ya sabes
que no soy ningún hereje.

Dime, pues, si tu pasión
mi pasión esquivá aparta,
y piensa que en esta carta
te envío mi corazón.

CARTA DE CLARA Á CALIXTO.

¡Ay, Calixto, me contristo
pensando en tu suerte ingrata;
ya sé que *metió la pata*
mi mamá, pobre Calixto!

Aquel puntapié inclemente
que á tí tanto te ha ofendido,
yo también lo he recibido
¡ay, Calixto! moralmente.

Como tu amor es mi vida,
siempre que te tratan mal
y te llaman animal,
yo me doy por aludida.

Pues mi amante corazón
á tus pesares se ajusta,
y aquel que á tí te disgusta
me dá á mí una desazón.

En la sepa mi retrato
ve tu amoroso deseo;
yo en todas partes te veo,
hasta cuando miro al gato.

Si á tí mi amor te clarea,
Calixto, yo estoy que embisto;
¡ay! si me vieras, Calixto,
chupada como una oblea!

A don Mamerto, te advierto,
le protege mi mamá,
y todo el día se está
hablando de don Mamerto.

Y viene por las veladas,
y se sienta junto á mí,
y me guiña el ojo, y...
vamos, *me da tres patadas*.

No vi un sér mas apestoso
en los días de mi vida,
y la mamá, decidida
en que él ha de ser mi esposo.

Mas mi amor todo lo arrolla,
y tú has de ser mi marido,
Calixto, está decidido:
contigo pan y cebolla.

No me asusta una buhardilla,

porque cifro mi ventura
en ser tu Isabel Segura
y tú mi Diego Marsilla.

Si en nuestra pobre despensa
nos faltan las provisiones,
en cambio en los corazones
será la pasión inmensa.

Y en los días desgraciados
tú me enviarás á mí
y yo te enviaré á tí
suspiros enamorados.

Alienta y cobra valor,
desecha penas ingratas;
que no hay jamón, pues patatas;
no hay patatas, pues amor.

Y si al fin, torciendo el gesto,
nuestro destino es morir,
podremos los dos decir:
¡ay, amor, cómo me has puesto!

Adios, regalado edén;
que con toda el alma adoro,
mi Calixto, mi tesoro,
mi dicha, mi amor, mi bien.

Si contra mí se concierta
mi mamá, tenlo por cierto,
antes de ser de Mamerto,
Calixto, me verás muerta.

No dudes de mi pasión,
y acepta en estos renglones
todas las palpitaciones
de mi amante corazón.

DESENLACE.

Calixto se quedó tuerto
de viruelas y al ver Clara
de su Calixto la cara,
se casó con don Mamerto.

Calixto, dicho se está,
de su novia se vengó,
y aunque tuerto, se casó
al año con la mamá.

Y uno y otro matrimonio
llegaron á ser, con creces,
de esos que hace algunas veces
por divertirse el demonio.

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

CONSEJOS ZARZUELEROS

Querido Paco: Me dices que, á consecuencia de estar cesante en el ramo de correos, te has propuesto matar el tiempo escribiendo una zarzuelita. Es lo mismo que si dijera un general de división que, de resultas de estar de cuartel, había decidido bordar una casulla para el cura de la parroquia. Tan lógico sería lo uno como lo otro. Muchos son los que creen que escribir para el teatro es cosa tan fácil como dar unos cuantos tacazos en una mesa de billar, entrar á tomar un refresco inglés (*jarabe frappé*), ó dar el timo de los cucuruchos á un forastero recién entrado en Ma-

drid, y por desgracia no es así. Pero como tú no has de convencerte de ello, aunque me costaría poco trabajo probártelo, renuncio al papel de dominé, y me limito á hacerte algunas ligeras observaciones acerca de la estructura de la zarzuela, por si logro que mates con menos ensañamiento el tiempo y el arte.

Te recomiendo mucho los coros, porque es donde hay que buscar la repetición.

Si se trata de aldeanos que madrugan, la letra es casi siempre la misma, y por este estilo:

¡Hermosa mañana!
¡Cuál luce ya el sol
con nubes de grana
y rojo arrebol!

Las mañanas en las zarzuelas son generalmente de primavera, sin escarchas ni heladas.

Si es cuestión de conspiradores ó de alguaciles que los persiguen, ya se sabe que el coro ha de ser á media voz con el «chitón» de pié forzado

Marchemos con sigilo,
con gran precaución.
Chitón, chitón.
Está todo tranquilo,
no se oye un moscón.
Chitón, chitón.

Por supuesto, los coristas se van retirando hacia atrás, con el cuerpo muy inclinado hacia adelante, como si les doliera el estómago, hasta que el último suelta el postrer chitón.

A poco que la *claque* apriete, esta clase de coros es de repetición infalible.

Los coritos de niñas intencionadas, más ó menos *piernográficas*, es decir, con más ó menos abrigo en las piernas, deben tener una letra que *haga pensar*.

Por ejemplo, ésta:

Me canso de estar con palma.
¡Ay! ¡ay! ¡ay!
Así debe estar el alma
de Garibay.
Yo quiero un novio con coche
y mucho parné,
y quiero pasar la noche
¡ay! ¡ay! ¡ay!
como yo me sé.

Y como ningún espectador ha de ir á preguntar á ninguna de las coristas cómo saben que quieren pasar la noche, resulta que la mayor parte de los oyentes se engolfa en un mar de suposiciones malévolas.

Los coros de furia guerrera con acompañamiento obligado de bombo y platillos y chafarotes al aire, deben estar descargaditos de letra, para que pueda trabajar mejor el pulmón.

Los infinitivos juegan mucho en estos casos.

A luchar
sin tardar;
á vencer
y á triunfar.
Sí, sí, á vencer;
sí, sí, á triunfar.

Estos *síes* son rípios musicales de más consumo que las pastillas Geraudel.

En cuanto á las partes, te recomiendo que no dejes á la tiple y al tenor sin su romancita correspondiente del género triste, porque ya es sabido que hasta el último acto andan los pobres desazonadillos, arrullándose unas veces, y las más poniéndose de ropa de Pascua.

Te aconsejo que exijas al músico que preceda á la salida de la tiple un solito de flauta, porque eso predispone bien al público, que dice: «Flauta en la orquesta, tiple á la vuelta.»

Puede cantar estas endechas:

Valles, colinas, montes,
extensos horizontes
que el sol iluminó
paisajes halagüeños,
todos estáis risueños;
sólo estoy triste yo.

Por supuesto, que ni los valles ni los paisajes están risueños; ni hay para qué; y si el telón de fondo se rie, será en el sentido de las botas, cuando se agrietan de puro usadas.

Se usa mucho para los tenores la forma pregunta:

¿Por qué la hallé en mi camino?
¿Por qué en su luz me abrasé?
¿Por qué tan fiero el destino
conmigo fué?
¿Por qué? ¿por qué?

Nadie le contesta, ni á él se le importa un rábano; suelta el grito final, y romanza fuera.

En los dúos no olvides la plantilla.

La tiple entona la primera su andante por deber de cortesía, le contesta el tenor, y luego se van hacia el foro para prevenir el allegro, toman una carrerita hacia la concha del apuntador, y agarrados de las manos y después del indispensable ¡ah!, cantan:

¡Oh inmenso alborozo!
No hay gozo
mayor.
Bien mío, te quiero,
me muero
de amor.

El director de orquesta blande la batuta, como diciendo «al que desafine lo atizo,» y los *duetistas* se duermen lo que pueden en el calderón y dan el do de pecho ó de cogote que sus facultades les permiten.

No te preocupes del bajo, traidor casi siempre de nacimiento, ni del baritono, porque, como los ríñones, son cantantes *salteados* que entran bien en cualquier combinación musical.

Son de mucha utilidad en los concertantes, donde tienen el encargo de repetir treinta ó cuarenta veces:

¡Oh qué emoción!
¡qué situación!
¡cómo me late el corazón!

El tenor cómico es la rueda catalina del género y debes esmerarte en escribirle *couplets* con sonsonete.

Yo soy muy bribón,
yo soy muy pillín.
Catapún chinchín,
catapún chinchón.

Nada te hablaré del argumento, porque supongo que ya lo tendrás urdido en tu cabeza con arreglo al último figurín.

De todos modos, desearé que cuando se estrene tu zarzuela y el público pida la... presencia del autor, no se equivoque, si estás ausente, el actor que dé tu nombre, y diga, como sucedió en una ocasión:

«El original del autor es don Fulano de Tal, que acabamos de representar, y la obra no se encuentra en el teatro.»

Adios. Siempre tuyo,

RAFAEL GARCÍA Y SANTISTEBAN.



Que consiste en ponerse la mamá el sombrero de la niña y vice-versa.

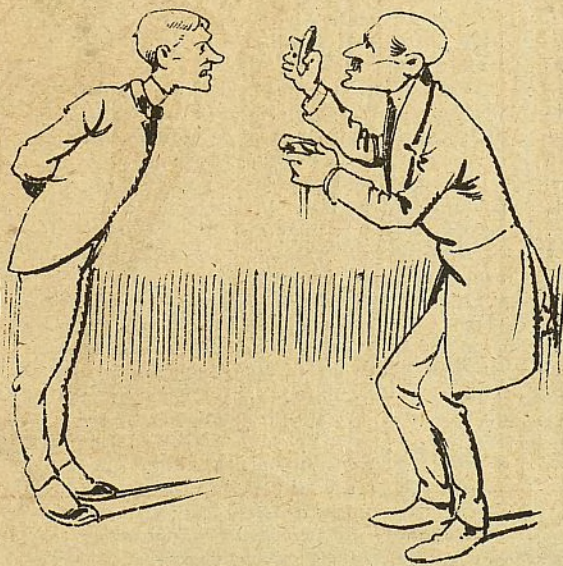
LA LEY DEL PROGRESO, POR ESCALER



—Porque, desengáñate, Perico, en nuestros tiempos todo iba mejor. ¿Qué se ha adelantado hoy? Nada, absolutamente nada.



—¿Que no, Don Zenón? Los fósforos, estos mismos fósforos, gracias a los cuales puede Vd. ver la facilidad con que enciendo mi cigarro...



—¡Pché! aquí tengo yo mi pedernal, más económico, más fuerte... Y en cuanto á la facilidad, mira...



¡Zas!

Escaler

EVA.

Aquel día tenía yo mucho que escribir. Me levanté temprano, di unos cuantos paseos por mi cuarto, tomé una taza de café puro y me senté ante las cuartillas.

Pocos minutos después, adquirí el convencimiento de que no haría cosa de provecho. Hay años, decía Murger, en que no está uno para nada. A esta frase de sublime pereza, pudiera añadirse otra de mera observación. Hay días en que la inteligencia se niega á trabajar, como chico de escuela que despierta con la firme resolución de hacer novillos.

Emborroné unas cuantas hojas de papel, escribí, taché, volví á escribir, taché de nuevo, y persuadido de que no lograría nada, me marché al Retiro.

Eran ya los últimos días del otoño. Las enramadas y los bosquecillos empezaban á teñirse de tonos pálidos y amarillentos. Algunos troncos, prematuramente desnudos, extendían sus ramas secas á través de los mazizos de verdura. El suelo estaba húmedo, y el viento, desapacible y fresco, arremolinaba las hojas caídas y abarquilladas en torno de los huecos cavados para el riego al pié de los árboles. Los paseos estaban casi desiertos. De cuando en cuando se veían un cura solitario, una niñera cogida de la mano con un soldado, un guarda que se paseaba tranquilamente con una estaca bajo el brazo, ó una pareja compuesta de estudiante y modista, á quienes tal vez ocurrió con las agujas y los libros lo que á mí con las cuartillas. Oíase á lo lejos el graznar de los patos que se aburrían en los estanques, el rugido de alguna fiera enjaulada y el canto de algún carretero que á veces introducía en su copla interjecciones soeces y gritos salvajes para animar á las cansadas mulas. Alzabase á lo lejos el sordo murmullo de la villa del oso, y el sol, cayendo al lado opuesto de Madrid, doraba con reflejos vivísimos los contornos de las nubes blancas y menudas que jaspeaban el azul purísimo del cielo.

Decidido á darme un buen paseo, anduve de prisa, me alejé de las gentes, busqué los lugares más apartados, dejé atrás una plazuela donde jugaban al marro los escolapios, y me interné por los senderos de aquella parte que se extiende entre el sitio de la antigua fuente de la China y el estanque grande. Los pinos de mediana altura, los almendros secos y algunos robles raquíticos, forman allí bosquecillos tupidos, caminitos que se desarrollan en pequeñas curvas, y que, dando caprichosas vueltas, vienen á resolverse luego en una alameda larga flanqueada por macizos ebónibus y cipreses enanos.

Al llegar al arranque de esta alameda, ví delante de mí una pareja encantadora. Componíanla una dama de airoso cuerpo, vestida con elegante sencillez, y un niño de cinco ó seis años, alegre y revoltoso, que corría de un lado para otro tirando y regiendo una enorme pelota de goma.

Si el niño se alejaba mucho, la madre le decía: —«No corras tanto, no te caigas»—y otras veces, cuando la criatura se quedaba rezagada, la señora permanecía parada, esperándole, volviéndose hacia el sitio por donde corrteaba, para no perderle de vista ni un momento.

En una de esas paradas pude verla de frente. Era una mujer de veinticinco á treinta años, en toda la plenitud de una hermosura llena de promesas y atractivos. Su tez era blanca y ligeramente sonrosada como las flores del almendro; tenía los ojos grandes, rasgados y de un negro profundo y aterciopelado. El pelo, que en sueltos mechoncillos la cubría el cuello, escapándose de los adornos del sombrero, era de un rubio oscuro surcado en algunos sitios por hebras de otro rubio más claro que parecían hilos de oro, y por bajo del esbelto talle y la falda estrecha que acusaba la preciosa curva de las caderas, se asomaban á intervalos los pies pequeños, altos por el torso y calzados con zapatitos bajos, dejando ver á cada paso algo de las medias pálidamente azules.

Había en su figura elegancia, riqueza, coquetería y gracia. Era una de esas mujeres que sorprenden, encantan y pasan á nuestro lado suspendiendo la conversación con el amigo ó el monólogo de uno mismo. Era de esas á quienes se sigue un momento con los ojos, y cuando desaparecen tras una esquina ó se confunden en un grupo, dejan en el ánimo una impresión entre penosa y agradable, mezclada de admiración hacia ellas y envidia de quien las posea.

Obligada á seguir los juegos del niño, andaba más de prisa que yo, y llegó á adelantarse tanto, que casi la perdí de vista. Me interné entonces por una calle de árboles paralela á la que ella seguía, y sin ser sentido la alcancé de nuevo, para observarla más á mi gusto.

El niño, que seguía corriendo, cogió de pronto la pelota, volvió hacia atrás, y presentándosela en las manecitas alzadas, dijo: —«Mamá, tirámela tú.»

La señora tomó la pelota, la echó á rodar, y el niño se abalanzó tras ella.

Repetióse el juego, yendo la pelota á parar cada vez más lejos, hasta que la madre, mientras la criatura corría delante, acortó el paso, se paró de pronto, y volviendo la cara hacia uno y otro lado, miró rápidamente en torno suyo.

Oculto yo tras un robusto tronco no pudo verme, y un instante después el niño apareció al término de la alameda. Seguí escondido, continuó ella parada, llegó el niño, y presentando de nuevo el juguete á su madre, dijo: —«Más lejos, otra vez.»—La pelota volvió á rodar, despedida de la mano con mayor fuerza, y la criatura echó á correr en su busca, hasta perderse tras uno de los arbustos que ceñían el paseo por ambos lados.

Entonces la madre miró de nuevo en derredor y adelantó tres ó cuatro pasos hacia el borde del camino. De entre un macizo de plantas, que aún conservaban sus hojas verdes y pomposas, salió un hombre joven y con rapidez increíble cogió á la dama una mano, que ella le abandonó sin apartar los ojos de la dirección por donde había desaparecido el niño: él, ciñendo su brazo a la cintura de la hermosa, la atrajo hacia sí para besarla; pero ella hizo un movimiento, más de temor que de resistencia, y el beso, destinado á la mejilla ó á los labios, fué á caer callada y silenciosamente sobre la seda del abrigo que cubría sus hombros. Todo sucedió en un segundo. El hombre se ocultó, dejando entre las manos de la mujer un papel que ella guardó en el manguito; oí un «¡adiós!» dicho en voz apenas

perceptible, y el niño apareció al final del paseo, risueño, sudoroso, cansado y con la pelota en la mano.

—Vámonos ya, que es tarde—dijo la dama.

—Otro poco—respondió el niño.

Continuaron su paseo. Yo les seguí de lejos, y al llegar á la puerta de Alcalá, es. la entrada del Retiro, se adelantó hacia ellos un caballero de noble aspecto, joven aún, pero cuya barba empezaba á blanquear.

El niño al verle corrió, tendiéndole los brazos; esperóle él con los suyos abiertos, y alzándole hasta la altura de su rostro, estampó en la cara del muchacho tres ó cuatro besos largos, ruidosos y apretados.

Un carruaje esperaba á poca distancia.

Subieron en él los señores, empujó el lacayo al pequeñuelo hasta sentarle frente á sus padres, y partieron. Yo tomé el tranvía en la esquina de la calle de Recoletos, y ya porque el coche anduviera lentamente ó el tranvía corriese demasiado, ambos vehículos subieron al mismo tiempo la calle de Alcalá.

De pié sobre la plataforma posterior, fui mirando largo trecho aquella figura de mujer elegantísima, en que cada rasgo era un hechizo y cada movimiento un encanto. Pero lo que más me cautivaba era su aspecto de noble y severa dignidad.

Parecía orgullosa de llevar junto á sí al esposo que, quizá tras un día de trabajo, había ido á buscarla; enfrente iba el niño que personificaba todas las dichas y todas las esperanzas del hogar. Las mujeres la contemplaban con envidia; los hombres la miraban con asombro; muchos la saludaban con respeto.

Al llegar ante la iglesia de las Calatravas miró hacia la puerta del templo, alzó la mano aprisionada en un precioso guante, y pasándola ante su hermosísimo rostro, hizo la señal de la cruz.

El coche se perdió á lo lejos. Alguna vez he vuelto á verla por Madrid, pero nunca he querido preguntar quién era, temiendo que me contestasen: —«Se llama Eva.»

JACINTO OCTAVIO PICÓN



Unico encargado de la venta de LA SEMANA COMICA en Barcelona: D. Juan Tasso, kiosco de la Rambla de las Flores, frente á la calle del Hospital.

✱

En la calle de Lladó, núm. 7, hay una escuela de música.

Y verán Vdes. lo que se aprende en ella, según leo en la prensa:

«Solfeo coral, ó de conjunto; armonía y contrapunto, instrumentación orquestal y de banda militar, canto, piano y órgano, harmonium, violín, viola, violoncello, contrabajo, flauta y flautín, requinto, clarinete, oboe, fagote, trompa, saxofón, bigle, cornetín, trombón, bombardino, bajo, timpani, tambor y lengua italiana.»

Eso es: cornetín, tambor, trombón... y lengua italiana.

Como quien dice: Salchichón, huevos, jamón y la República Argentina.

Abro luego otro periódico y leo:

«NO MAS SORDOS»

Si: no más sordos...

¡Ya, ya!

¡Vayan Vdes. á decirles eso á los vecinos de la calle de Lladó!

El domingo pasado hubo corrida de toros.

Y miren Vdes. qué cosas vió en ella el revistero de *La Dinastía*:

«La dirección de la plaza, en el primer tercio de la lidia, semejava un herradero»

¡Quíá! ¡No señor!

Yo asistí á la corrida. Y como asistí, puedo asegurar que lo que parecía un herradero era, no la dirección de la plaza, que parecía sencillamente... una dirección, sino la plaza misma.

El redondel, vamos.

Otra cosa que vió el revistero de *La Dinastía*:

«Excesivamente saltarín, (se refiere al tercer toro) paseó la barrera en dos ocasiones.»

Tampoco, colega, tampoco.

Y vuelva V. á dispensarme.

Porque ni el toro se cargó la barrera á cuestras, paseándola por la plaza, ni anduvo por encima de ella (de la barrera).

Lo que hizo el cuarto animalito, fué saltar la barrera y pasear... por el callejón.

Que no es lo mismo.

Apenas terminado el tiraje de la edición de Barcelona, se ha roto en la litografía la piedra de LA SEMANA COMICA.

Este accidente que nos ha obligado á traspasar á otra piedra los dibujos para hacer la edición de provincias, influirá muy poco ó nada en el aspecto de los grabados en general; pero quizás influya algo en el del retrato.

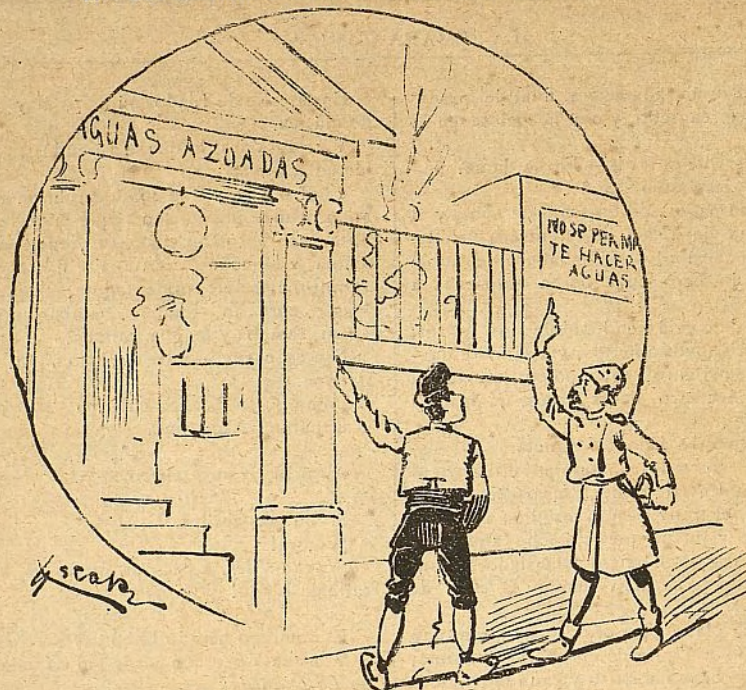
Si esto sucede, ruego á los lectores de provincias, á quienes esta vez á tocado el chiripazo, que me dispensen.

Podría ser, sin embargo, que á fuerza de cuidado, consiguiera el litógrafo que no se conociera el percance en el retrato. En este caso, consideren ustedes que no he dicho nada.

Expuesto lo cual, creo de mi deber retirarme modestamente por el foro.

Imp. Militar de Calzada é Hijo Arco del Teatro, 9, Barcelona.

EN LA CALLE DE PELAYO, POR ESCALER



—¿Pero no ve usted qué aquí dice: «Se prohíbe hacer aguas?»

—Si señor: pero como he visto que aquí las hacen y ningún lis dice res...

ANUNCIOS

CORRESPONSAL
EXCLUSIVAMENTE ENCARGADO DE LA VENTA Y EXPENDICIÓN
DE

La Semana Cómica

EN MADRID

D. JULIAN RODRIGUEZ

Kiosco de la Universidad.—Plaza de Santo Domingo

CORRESPONSAL
exclusivamente encargado de la venta
DE

LA SEMANA CÓMICA

EN VALENCIA

D. JULIAN PERIS MENCHETA

Calle de Entenza, núm. 40

CORRESPONSAL

DE

LA SEMANA CÓMICA

EN LA REPÚBLICA DE MÉXICO

D. RAFAEL B. ORTEGA

Primera de Santo Domingo, número 12.
MÉXICO

CORRESPONSAL

DE

LA SEMANA CÓMICA

EN GUATEMALA

D. Antonio Partegás

Octava Avenida Sur.—Almacén
GUATEMALA

CORRESPONSAL

DE

LA SEMANA CÓMICA

EN LA REPÚBLICA DE VENEZUELA

D. Aftonio S. de Bethencourt

Calle del Sur, núm. 4.

CARACAS

AGENTE ENCARGADO DE LA VENTA

DE LA

SEMANA CÓMICA

EN PARIS

Madame Schneider

Kiosco 50.—BOULEVARD MONTMARTRE

AGENTE ENCARGADO DE LA VENTA

DE

LA SEMANA CÓMICA

EN PARIS

MADAME LEMAITRE

Kiosco 34.—Boulevard des Italiens

CORRESPONSAL

DE

LA SEMANA CÓMICA

EN LA ISLA DE CUBA

Señora Viuda de Pozo é Hijo

Galería Literaria

Calle del Obispo 55.—Librería

LA SEMANA CÓMICA

PERIÓDICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO.

Colaboran en él los mejores literatos y los mas celebrados dibujantes.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona.	Trimestre.	1'50 ptas.
Fuera.		2'50 "

REDACCION Y ADMINISTRACION

Vertrallans, 3. 1.º—Barcelona

Despacho, todos los días laborables de 2 á 4 tarde